

Dos años

Luis Cordero Vega



Mientras abundan los análisis sobre los hechos ocurridos a partir del 18 de octubre de 2019, lo cierto es que sólo el tiempo será capaz de decantar las razones y efectos de lo que se inició ese día. Por ahora cualquier juicio pareciera transitorio.

Pero no es posible pensar esta época sin evaluar las consecuencias sobre nuestro sistema institucional, incluido la forma y modo en que administramos la perplejidad que se asomó con la pandemia a partir de febrero de 2020. Son dos años, en donde hemos aprendido sobre vulnerabilidades, desnudado las precariedades de la vida cotidiana, rescatado a la democracia y revelado la importancia de un Estado eficaz.

La crisis de octubre no hubiese sido posible canalizar sin el acuerdo de noviembre de 2019 y, con ello, la decisión de que el camino constitucional —que no es más que el respeto por las decisiones institucionales, aunque nos desagraden— era

la única manera de avanzar en un período agobiante. Un proceso que, aunque algunos lo olviden hoy, las personas apoyaron abrumadoramente en las urnas.

Pero tras ese acuerdo, la pandemia nos introdujo, como si fuese una pesadilla, en un confinamiento permanente. La tensión entre libertad personal, educación, subsistencia y el cuidado que nos debemos entre todos, nos obligó a reconocer que tenemos una vida común, una que nos exige compromisos que van más allá de las atenciones sanitarias.

A pesar de dos años difíciles y de la degradación progresiva del presidencialismo, hemos descubierto, también, que disponemos de un sistema institucional que a pesar de crisis sucesivas ha podido gestionar la incertidumbre. Mientras las interrogantes de la pandemia podían comprometer la participación electoral en el plebiscito, el Servel fue capaz de organizar una elección impecable; cuando no sabemos cómo se instalaría la Con-

vención, Carmen Gloria Valladares y John Smok —la representación simbólica de los funcionarios públicos— guiaron el proceso sin estridencias y, en momentos de incerteza sobre la evolución de la pandemia, el Estado y la asociación universitaria, permitió que pudiéramos disponer de vacunas suficientes de la cual nos beneficiamos hoy.

Mientras algunos líderes empresariales piensan que sus inversiones estarán más seguras en el extranjero, otros tantos creen que se puede gobernar con el espíritu juvenil de la marcha de los paraguas

de 2011. Sin embargo, estos dos años nos enseñan que, pese a todas las adversidades, el sistema institucional ha seguido operando y eso en buena parte se debe a que quienes le dan identidad mantienen su lealtad con la democracia y la separación de poderes. Algo tan elemental, pero esencial en momentos donde la razón pública ha cedido con frecuencia ante la afectividad electoral.

“Disponemos de un sistema institucional que a pesar de crisis sucesivas ha podido gestionar la incertidumbre”.

¿Hechos necesarios?

Claudio Alvarado R.
Instituto de Estudios de la
Sociedad (IES)



“Algunas consignas [...] reemplazaron la racionalidad, la tolerancia y la disposición al diálogo. Desde todos los sectores, en mayor o menor medida, se abusó de la democracia”. Estas palabras bien podrían describir nuestro decadente escenario político, pero se remontan a 1998. A una década del triunfo del No, así resumía Patricio Aylwin los efectos de la “polarización ideológica” que se instaló desde los años sesenta en adelante (“El reencuentro de los demócratas”).

El expresidente Aylwin no se encuentra solo en este diagnóstico. Se trata de un balance compartido por quienes, pese a haber integrado bandos rivales, lograron en el Chile posdictadura examinar con mesura y autocrítica la destrucción de la convivencia democrática. En los crudos términos del historiador Gonzalo Vial, “casi todas las fuerzas políticas y, en general, casi toda la población, querían la guerra civil, o al menos la aceptaban, resignadamente, como una tragedia inevitable”

(“Salvador Allende: el fracaso de una ilusión”).

Y la tragedia llegó, no sólo por las brutales torturas y desapariciones de personas, sino también porque entre el golpe de 1973 y el retorno a la democracia pasaron diecisiete largos años. Explorando las raíces de este fenómeno —de casi dos décadas sin elecciones, libertades políticas ni separación de poderes—, un joven sociólogo vinculado a la oposición democrática, Eugenio Tironi, sugería una inquietante conclusión. En sus palabras, “la desorganización social llegó a producir la necesidad tácita de un poder político autoritario que impusiera un grado mínimo de estabilidad” (“El régimen autoritario”).

Hoy, cuando muchos olvidan la tolerancia al disenso político e incluso reivindicaban como “hechos necesarios”—Atria dixit— no la marcha del 25 de octubre ni el Acuerdo constitucional, sino la violencia del 18-O, conviene

recordar los otros treinta años, los que antecedieron al gobierno de Aylwin. Es verdad que ya no estamos en Guerra Fría y que las circunstancias son muy distintas, sin embargo, también es cierto que estamos jugando con fuego en Colchane y en la Araucanía; con las sanciones al negacionismo y la indiferencia ante la inflación.

Quizá no es fortuito, entonces, que un discípulo de Jaime Guzmán suba en las encuestas. Después de todo, proyectos de ese tipo ya cautivaron al electorado en otros contextos (basta recordar a Thatcher o Reagan).

Ante el deterioro e ineficacia del sistema la pasión por el orden suele volver por sus fueros. Nuestro destino no está escrito, pero, mal que nos pese, el vacío político tiene consecuencias. El infantilismo revolucionario, la abdicación de la centroizquierda y el desfonde del oficialismo —tiempos mejores— favorecen un choque entre refundación y restauración.

“Nuestro destino no está escrito, pero, mal que nos pese, el vacío político tiene consecuencias”.

Pablo González
Ingeniería Industrial,
U. de Chile



Chile florecerá aunque nos parezca imposible

“La voz de un pueblo es peligrosa cuando está cargada de ira” decía Esquilo. Chile está en un punto de quiebre, pero no nos engañemos. Todo lo que usted cree que nos está quebrando, todos los eventos que estamos presenciando, son solo detalles.

A medida que la economía de los países se expande, sus ciudadanos van accediendo a nuevas oportunidades, sofisticando sus necesidades y construyendo proyectos más ambiciosos, individuales y colectivos. No sólo emprenden nuevos negocios, sino que también florecen la cultura y las artes, la sociedad civil y la fiscalización de las acciones de los dirigentes. No es que con el desarrollo se expandan las libertades: la expansión de las libertades es el desarrollo. Sin esas libertades, los países tarde o temprano se entretan a un quiebre. Ese quiebre ha sido atravesado exitosamente por los países que han transitado lo que Douglass North y sus colegas, denominaron orden de acceso abierto.

Lo que vemos en Chile es el crujir de las tablas que antecedieron la emergencia de Corea, Nueva Zelanda o Irlanda como las democracias y economías pujantes que hoy son. La gran diferencia con esos países es la incapacidad de nuestra elite de estar a la altura del momento histórico que estamos viviendo, aferrándose a unos privilegios que son incompatibles con el desarrollo. La paradoja es que esa misma elite contribuyó a generar este momento, a través de acuerdos y buenas políticas públicas de las que hoy algunos reniegan. Juzgar las políticas del pasado con la vara del presente es un error, como lo es intentar continuar con las mismas políticas.

La necesidad de aggiornamiento no significa que cualquier cosa sirva, especialmente las alimentadas desde la rabia y la soberbia. Qué hacer está escrito en los libros. Lo más importante, sin duda, parafraseando a Lincoln, es gobernar para el pueblo, con el pueblo y por el pueblo. Basta de acomodar intereses privados, hacer como si nada estuviese pasando y seguir con las mismas viejas prácticas clientelares, corruptas y abusivas. Segundo, abrir un proceso deliberativo, sobre el país que queremos ser y construir en los próximos 20 o 30 años. Se trata de un debate sobre fines y valores que debió haber precedido el cambio constitucional. No hay ningún país que haya superado la trampa del ingreso medio que no haya tenido ese debate.